

# En Educación y familia: introducir en el arte de vivir

María Teresa Cid Vázquez, Lydia Jiménez (eds.),  
Fundación Universitaria Española, Seminario Ángel González Álvarez  
2017. ISBN 978-84-7392-874-8, págs. 239-264

## Acoger al otro: la hospitalidad familiar

MARÍA TERESA CID VÁZQUEZ

*Profesora de la Universidad CEU-San Pablo de Madrid*

### SUMARIO

1.- Raíces de la hospitalidad. 2.- La hospitalidad en la actualidad. 3.- La creación del hogar: acoger al otro. 4.- Las prácticas de la hospitalidad. 5.- La mujer y la hospitalidad. 6.- La hospitalidad: de la casa al templo. 7.- Bibliografía.

### 1. RAÍCES DE LA HOSPITALIDAD

El concepto de hospitalidad nos ha acompañado a lo largo de toda la historia de la humanidad, ciertamente han ido cambiando sus formas y expresiones, pero podemos decir que se trata de algo inherente a la tradición humana<sup>1</sup>. En el mundo bíblico, en el griego, y en el romano, la acogida al extranjero era un signo de civilidad. En grie-

---

<sup>1</sup> F. TORRALBA, *Sobre la hospitalidad. Extraños y vulnerables como tú*, PPC, Madrid 2005.

go, el término “hospitalidad” se traduce *philoxenia*, amor hacia el extranjero o el extraño. En latín *hospitare*, significa "recibir como invitado". Algunas palabras de raíz latina están estrechamente relacionadas como hospital, hospicio y hostal<sup>2</sup>. La etimología del vocablo “huésped” deriva de dos raíces de las lenguas indoeuropeas: la raíz *hos/host* que significa peregrino, forastero, y la raíz *pa-/pati*, cuyo significado es sostener, proteger. El que acoge sería entonces aquel que sostiene o da de comer a los peregrinos o forasteros.

La palabra latina *hostis* originariamente significaba “extranjero”<sup>3</sup>. Ahora bien, el extranjero puede ser reconocido y acogido o, por el contrario, puede dar miedo y ser expulsado. Por eso la palabra *hostis* puede expresar la mirada sobre el extranjero como huésped o como enemigo. Hospitalidad y hostilidad son así dos términos etimológicamente emparentados, pero semánticamente opuestos<sup>4</sup>.

La hospitalidad encierra un misterio sobre lo que hace hermosa la existencia humana. Así lo consideraron ya los antiguos paganos, para quienes todo extraño que llamaba a sus puertas era un enviado de los dioses, al que se le ofrecía lo mejor de la casa. Así lo percibieron también los grandes personajes del Antiguo Testamento, quienes acogiendo a desconocidos se encontraron con los ángeles como transmisores de la Palabra divina. Junto a Abraham y Noé, otros

---

<sup>2</sup> En el diccionario de la Real Academia Española se señalan tres acepciones del término “hospitalidad”: hospitalidad (lat. *hospitalitas*, *-ātis*.): 1. Virtud que se ejercita con peregrinos, menesterosos y desvalidos, recogiendo y prestándoles la debida asistencia en sus necesidades. 2. Buena acogida y recibimiento que se hace a los extranjeros o visitantes. 3. Estancia de los enfermos en el hospital.

<sup>3</sup> Cf. E. BENVENISTE, *Le vocabulaire des institutions indo-européennes. Economie, parenté, société*, vol. 1, Editions di Minuit, Paris 1969, 87-101.

<sup>4</sup> Cf. G. DELPOZO, «Una tienda del encuentro en la Universidad civil al servicio de la hospitalidad de Dios», EN ID., SERRADA (eds.), *Fe cristiana y ateísmo en el siglo XXI*, Ediciones san Dámaso, Madrid 2015, 29.

personajes del Antiguo Testamento son también alabados por su hospitalidad.

Abraham abandona su tierra y su familia de origen y se pone en camino con todos los suyos, fiado en la promesa de la bendición divina que le ofrece una nueva tierra y una nueva familia como signo de una bendición sobreabundante. La virtud de la hospitalidad nace, así, de la experiencia de la sobreabundancia de la bendición divina. Llama la atención el que la acogida y hospitalidad de Abraham se lleva a cabo en el desierto. La hospitalidad consiste en ser capaz de transformar un lugar inhóspito como el desierto en un ambiente humano propicio al encuentro como el oasis. La hospitalidad de Abraham responde a un contexto cultural primitivo, el de los beduinos. En tal ambiente, el transeúnte o nómada en medio del desierto es un ser sometido a muchas privaciones, y agradece en esas circunstancias encontrar a alguien que le ofrece casa, comida, agua fresca para saciar la sed y, sobre todo, calor humano.

El gesto de la hospitalidad le valió a Abraham un gran número de bendiciones, entre ellas, el anuncio del próximo nacimiento tan esperado de su hijo primogénito. De este modo, la hospitalidad se vincula a la fecundidad de una vida más grande. De este modo se alude a la fe como un primer fundamento de la hospitalidad. La hospitalidad nos sitúa siempre ante el misterio del otro, ante el misterio de la diferencia, que en último término, remite al *misterio de la trascendencia* que encierra, pues siempre que acogemos a alguien, recibimos en realidad a Alguien más, aunque no tengamos una clara conciencia de ello. «Conservad el amor fraterno y no olvidéis la hospitalidad; por ella algunos, sin saberlo, hospedaron a ángeles» (Hb 13, 1-2), leemos en la carta a los Hebreos. El versículo evoca claramente la figura de Abraham y su gesto de acoger a la

entrada de su tienda a los tres misteriosos personajes que le visitaron en el encinar de Mambré (Gn 18,2).

En la tradición judía se muestra la amplitud de la apertura de la tienda de Abraham al afirmar que estaba abierta por ambos lados para divisar a cualquier visitante<sup>5</sup>. La hospitalidad en el mundo rabínico es una forma de culto a Dios. Resulta paradójico que sea precisamente el peregrino Abraham, es decir quien ha dejado su tierra, su casa y su familia, fiándose de Dios, quien se convierta en aquel que acoge y ofrece su tienda al extraño. Como señala el profesor Larrú Ramos: «hay en ello una razón antropológica profunda, y es que solamente el que hace la experiencia de ser *peregrino* puede experimentar lo que significa ser acogido, y por ello valorar en profundidad el don que supone ser recibido, atendido por otros en su situación de indigencia y precariedad. Existe, por consiguiente, una estructura básica en ser acogido y acoger, ser hospedado y hospedar, una experiencia de reciprocidad asimétrica que se corresponde con lo más profundo del ser humano»<sup>6</sup>.

Jesucristo en el Nuevo Testamento nos revela que no solamente a ángeles sino a Él mismo es a quien acogemos cuando recibimos a un invitado: «Fui forastero y me hospedasteis» (Mt 25, 35). La clave para comprender esta expresión nos la ofrece Él mismo: «cada vez que lo hicisteis con uno de estos mis hermanos más pequeños conmigo lo hicisteis» (Mt 25, 40). Son necesarios, por consiguiente, los ojos de la fe y de la caridad para poder reconocer en el otro a Cristo que viene a nuestro encuentro. El amor al necesitado se expresa en las bienaventuranzas: «Tuve hambre, y me distéis de comer; tuve sed, y me disteis

---

<sup>5</sup> Cf. J. DE DIOS LARRÚ, *El sello del corazón. Ensayo de espiritualidad matrimonial y familiar*, Monte Carmelo-Didaskalos, Burgos 2014, 247.

<sup>6</sup> *Ibidem*, 242.

de beber; peregrino era, y me hospedasteis; en prisión estaba, y vinisteis a mí» (Mt 25, 35-36)<sup>7</sup>. Y en las obras de misericordia, espirituales (perdonar, consolar, aconsejar), y corporales: visitar a los enfermos, dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, dar posada al peregrino<sup>8</sup>. Betania es el lugar donde Cristo es recibido como un amigo habitual, donde Él se encuentra como en casa. Betania simboliza, en la vida de Jesús, la casa donde se sintió acogido. Esta casa, la de Lázaro, Marta y María, era una casa abierta, allí los hombres se sentían recibidos como amigos<sup>9</sup>.

Como es sabido, la tradición monástica ha vivido siempre con gran intensidad la virtud de la hospitalidad como signo de la caridad fraterna. San Benito en su regla pone de manifiesto que acoger a un hermano en la fe (una persona consagrada) a un peregrino es acoger a Cristo. De este profundo acto de fe nace la hospitalidad. En España tanto san Isidoro como san Fructuoso recomendaron vivamente el ejercicio de la hospitalidad entre los monjes<sup>10</sup>. El camino de Santiago desarrolló una red de hospitales, albergues, enfermerías que estaban al servicio del peregrino como factor esencial de la espiritualidad del *homo viator*

---

<sup>7</sup> Cf. D. von HILDEBRAND, *El corazón. Un análisis de la afectividad humana*, Palabra, Madrid 1996, 145-146.

<sup>8</sup> *Catecismo Iglesia Católica*, número 2447: «Las obras de misericordia son acciones caritativas mediante las cuales ayudamos a nuestro prójimo en sus necesidades corporales y espirituales (cf. *Is* 58, 6-7; *Hb* 13, 3). Instruir, aconsejar, consolar, confortar, son *obras espirituales* de misericordia, como también lo son perdonar y sufrir con paciencia. Las obras de misericordia *corporales* consisten especialmente en dar de comer al hambriento, dar techo a quien no lo tiene, vestir al desnudo, visitar a los enfermos y a los presos, enterrar a los muertos (cf. *Mt* 25,31-46). Entre estas obras, la limosna hecha a los pobres (cf. *Tb* 4, 5-11; *Si* 17, 22) es uno de los principales testimonios de la caridad fraterna; es también una práctica de justicia que agrada a Dios».

<sup>9</sup> Cf. J. GRANADOS, J. NORIEGA, *Betania: una casa para el amigo. Pilares de espiritualidad familiar*, Didaskalos, Burgos 2010.

<sup>10</sup> Cf. J. DE DIOS LARRÚ, *El sello del corazón*, o.c.,249.

que camina hacia la gloria. La máxima “honrar a todos los hombres” es la clave para interpretar el sentido evangélico de la hospitalidad.

Hoy nuestro contexto cultural es muy diferente a aquel, pero la hospitalidad contiene un elemento común a todas las culturas como es el reflejo de una respuesta personal ante el reconocimiento de una necesidad vital de los demás. La mirada con que me ocupo del otro decidirá sobre mi humanidad<sup>11</sup>. La relación con el extraño (acogerlo bien o tratarlo con indiferencia u hostilidad) permite medir la calidad moral de una sociedad y obliga a abrirse a lo que es diferente. Por otra parte, el concepto de hospitalidad ilustra muy bien que la identidad personal se constituye en relación recíproca. La hospitalidad nos recuerda que no somos seres autosuficientes, necesitamos a los demás y somos vulnerables.

## 2. LA HOSPITALIDAD EN LA ACTUALIDAD

En el mundo secularizado actual tanto el término “peregrinación” como el de “hospitalidad” no dejan de causar en algunas personas un cierto rechazo, precisamente por su enorme carga religiosa. A eso se añade el que la hospitalidad se haya entendido hasta el día de hoy como una *obra de caridad*, algo que se percibe negativamente por parte de la sociedad secularizada, al considerar que muchas de esas obligaciones no son propiamente de caridad sino de justicia. Al término “hospitalidad” no le ha sucedido lo que al término “hospital”. Éste se fue secularizando a partir del siglo XVI, y desde el XVIII se ha convertido en un término secular, civil, que ha perdido completamente su antiguo sentido, cobrando otro nuevo.

La filosofía ha considerado siempre la hospitalidad como un tema

---

<sup>11</sup> J. RATZINGER, *El cristiano en la crisis de Europa*, Cristiandad, Madrid 2005, 65.

privilegiado<sup>12</sup>, porque es un modo de relación que está en la base de la sociedad, del encuentro entre personas y pueblos, a pesar de ser entre ellos extranjeros. De la hospitalidad se han ocupado teólogos y filósofos muy renombrados, Newman, Kierkegaard, Blondel, Soloviev, De Lubac, Balthasar, Ratzinger, Levinas, René Schérer, Armand Colin, P. Ricoeur, J. Derrida; y en lengua española, Daniel Innerarity, Francesc Torralba, Adela Cortina, entre otros<sup>13</sup>.

El deber de hospitalidad personal en la modernidad se convierte en un deber también legal, que corresponde al derecho del extranjero de ser acogido, como señala Adela Cortina<sup>14</sup>. Esta perspectiva de la modernidad secularizada se inspira en Kant, en su escrito sobre *La paz perpetua*: no habrá paz duradera sin eliminar las causas de la guerra, y eso sólo puede conseguirse en una sociedad cosmopolita, en la que todos los seres humanos se sepan y sientan ciudadanos, sin exclusiones. Para construirla, el derecho cosmopolita ha de poner las condiciones de una *hospitalidad universal*, y esto no sería sólo filantropía, sino un deber legal que corresponde a un derecho legal. Para esta autora, se trata de repensar las relaciones que se tejen entre la ley, el derecho y la justicia, así como de apostar por la promesa de una políti-

---

<sup>12</sup> Cf. G. DEL POZO, «Una tienda del encuentro en la Universidad civil al servicio de la hospitalidad de Dios», o.c., 30.

<sup>13</sup> Por citar algunas de las obras: E. LEVINAS, *Totalité et infini*, Nijhoff, La Haya, 1961; R. SCHÉREER, *Zeus hospitalier, éloge de l'hospitalité: essai philosophique*, Armand Colin, Paris, 1993; P. RICOEUR, *Finitude et culpabilité*, Aubier, Paris, 1960; J. DERRIDA, A. DUFOURMANTELLE, *La hospitalidad*, Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 2001; D. INNERARITY, *Ética de la hospitalidad*, Península, Barcelona 2001; L. GIUSSANI, *El milagro de la hospitalidad*, Encuentro, Madrid 2006; J. LARRÚ RAMOS, *El sello del corazón. Ensayo de espiritualidad matrimonial y familiar*, Monte Carmelo-Didaskalos, Burgos 2014; F. TORRALBA, *Sobre la hospitalidad: Extraños y vulnerables como tú*, PP, Madrid, 2005; A. CORTINA, *Hospitalidad cosmopolita*, diario *El País* (5-12-2015).

<sup>14</sup> Cf. A. CORTINA, *Hospitalidad cosmopolita*, diario *El País* (5-12-2015).

ca que coloque en su centro la hospitalidad y no la hostilidad, proponiendo una *hospitalidad universal* que haría del mundo un hogar para todos los seres humanos como una *obligación de justicia*.

Para J. Derrida la cuestión de la hospitalidad, o la cuestión del extranjero, se encuentra vinculada a la cuestión de la responsabilidad, por lo tanto, ligada a una reflexión sobre la ley y el deber, el derecho y la justicia. En consecuencia, se encuentra también enlazada a un pensamiento sobre lo político. Pero a la vez, la cuestión de la hospitalidad es, para Derrida, una puesta en cuestión del concepto clásico de hospitalidad. El concepto derrideano de hospitalidad encierra una *aporía irresoluble* al configurarse en el cruce entre lo condicional y lo incondicional: entre la hospitalidad condicionada, esto es, las leyes concretas que forman el *corpus* del derecho, las leyes positivas, las normas y reglas impuestas al huésped-extranjero, y la ley de la hospitalidad absoluta, ofrecida sin condición y sin deber, disloca y pervierte las leyes de la hospitalidad jurídica, ofrecida por pacto o convención<sup>15</sup>. Según este autor, las leyes de la hospitalidad limitan, al imponer derechos y deberes, y así transgreden continuamente la ley de la hospitalidad que ordena ofrecer al recién llegado una acogida sin condición. Llega así a un concepto de hospitalidad contradictorio, paradójico, que intenta romper con el concepto tradicional. La hospitalidad no es un don sino una obligación de justicia.

Como destaca D. Innerarity<sup>16</sup>, cuando se habla de sociedad multicultural, no solo se hace referencia al incremento de los extranjeros en la sociedad actual sino también al aumento de la extrañeza del mundo, a la cantidad de novedades que nos asedian. Con el desarrollo de los viajes y de la comunicación, la sociedad contemporánea ha transfor-

---

<sup>15</sup>J. DERRIDA, A. DUFOURMANTELLE, *La hospitalidad*, o.c., 31.

<sup>16</sup>Cf. D. INNERARITY, *Ética de la hospitalidad*, Península, Barcelona 2001.

mado en rutina lo que antes era excepcional: el acceso a lo extraño. Hoy en día la distinción entre lo extraño y lo propio se difumina y, en cierto modo, nos transformamos en extranjeros. Las sociedades se fragmentan y crece el aislamiento que lleva a la soledad.

La soledad nos lleva a buscar ansiosamente lazos con lo extranjero. Una vez abandonada la casa, que es la propia tradición, el hombre solitario busca el refugio en lo extranjero<sup>17</sup>. Hay que valorar positivamente la atracción hacia lo de fuera, pero hay que señalar también sus peligros, pues puede ser consecuencia, causa o agravante de un debilitamiento de los lazos de pertenencia al propio pueblo. La alternativa que Innerarity propone ante la atomización social consiste en hacer posible una sociedad civil más interconectada y crear espacios de intercambio y solidaridad. Un programa basado en la solidaridad y la hospitalidad.

El mundo en el que vivimos es un mundo globalizado, en el que los inmigrantes son un fenómeno habitual. Es un mundo complejo en el que la desconfianza se ha instalado en nuestro modo de vivir y en nuestros comportamientos habituales. Somos sensibles ante las necesidades de los inmigrantes, de los desplazados, de los refugiados, de los pobres, pero tal vez lo somos cada vez menos ante las necesidades de nuestro prójimo más cercano. Nuestra meta de una “hospitalidad universal”, nos impide ver la necesidad más próxima.

### 3. LA CREACIÓN DEL HOGAR: ACOGER AL OTRO

La cultura del siglo XX, autodenominada de *vanguardia*, consideró la búsqueda de amparo vital como propia del espíritu “burgués”. Frente al apego a los climas acogedores, al *habitar* se exalta el *cambio*, voca-

---

<sup>17</sup> C. GRANADOS, J. GRANADOS, *El corazón urdimbre y trama*, Didaskalos, Burgos 2010, 116.

blo talismán por adherencia con el término libertad. Se trata de ir con la moda, con el progreso, como advertía Chesterton<sup>18</sup>: «Nosotros (es decir, la aristocracia), ahora, somos todos socialistas»<sup>19</sup>. El dios de los aristócratas no es la tradición, sino la moda, que es lo opuesto a la tradición. «La simple noción de tener una casa propia se ridiculiza tachándola de burguesa, de sentimental o de despreciablemente cristiana. Bajo diversas formas verbales se le recomienda que continúe por las calles, lo que se llama individualismo; o en el taller, lo que se llama colectivismo»<sup>20</sup>.

«El inglés moderno —escribía en 1910— es como un hombre que debe mantenerse siempre fuera del hogar, por una razón o por otra, de la casa en que pretendía empezar su vida de casado. Alguna tiranía, personal o política, le priva de pronto de su casa [...] El filósofo que le expulsó le asegura que ahora está al fin en la dorada república que es el objetivo final de la humanidad; está en un mercado común igualitario, científico y socialista, propiedad del Estado y dirigido por funcionarios públicos; de hecho, el mercado común del sublime futuro. ¡Pedía tan poco y le han ofrecido tanto! Le han ofrecido fragmentos de mundos y sistemas; le han ofrecido el Edén y la Utopía y la Nueva Jerusalén, y él solo quería una casa; que se le ha negado»<sup>21</sup>.

En efecto, desde la modernidad, para concebir a la persona humana se parte de una idea abstracta de un hombre que se basta a sí mismo, que cree realizar su vida sin ayuda de los demás y que, por ello, idealmente se separa de cualquier entorno que pudiera influir dema-

---

<sup>18</sup> Cf. G. K. CHESTERTON, «La falta del hogar del hombre», en *Lo que está mal en el mundo*, Ciudadela, Madrid 2006, 14-64. Que liga con la parte V: «El hogar del hombre» (*ibidem*, 181-199) con la que termina el libro.

<sup>19</sup> *Ibidem*, 63.

<sup>20</sup> *Ibidem*, 56-57.

<sup>21</sup> *Ibidem*, 61-62.

siado en su definición. Se le mide entonces a partir de sus capacidades productivas y la relativa satisfacción de las mismas. Se trata, desde luego, de una visión individualista que pone entre paréntesis el “hogar”, esto es, la “morada” inicial que se le da al hombre y que es esencial para que pueda crecer y desarrollarse.

Cuando G. Marcel habla de los «hombres de la barraca»<sup>22</sup>, no se refiere a la gravedad que encierra el drama de los desplazados, los que en los campos de refugiados subsisten, pero no habitan ni tienen el necesario arraigo, se refiere «al hombre cuya intersubjetividad, interioridad, están en crisis: es el hombre desposeído de todo, el hombre sin hogar, no en sentido físico, sino espiritual»<sup>23</sup>. Es el hombre *alienado*, un ser cada vez más extraño para sí mismo. Un ser humano que vive en un mundo inhumano, en el que no puede enraizar, que trabaja en un lugar impersonal y sin ninguna relación con la naturaleza. Es un hombre que tuvo una vida, un hogar, una familia, unas raíces y lo perdió todo: es el desposeído y el desplazado que no encuentra una respuesta a la pregunta ¿quién soy yo?<sup>24</sup>. En los campos de exterminio, no pocos creaban entre sí relaciones cordiales que convertían la barraca en un esbozo nostálgico de hogar, y daban cierto sentido a su vida renovando interiormente los lazos con los seres queridos. Recuérdese el testimonio sobrecogedor que nos ofrece el psiquiatra vienés V. Frankl del ánimo que le daba en el horror de Auschwitz el recuerdo de su mujer<sup>25</sup>.

Benedicto XVI, en un encuentro con los jóvenes en Polonia, afirmó: «en el corazón de cada hombre existe el deseo de una casa. En un

---

<sup>22</sup> G. MARCEL, *El hombre problemático*, Suramericana, Buenos Aires 1956.

<sup>23</sup> J. URABAYEN, «El humanismo trágico de G. Marcel: el ser humano en un mundo roto», *Estudios de filosofía* [online]. 2010, n.41, pp. 35-59.

<sup>24</sup> G. MARCEL, *El hombre problemático*, Suramericana, Buenos Aires 1956, 12.

<sup>25</sup> V. FRANKL, *El hombre en busca del sentido último. El análisis y la conciencia espiritual del ser humano*, Paidós, Barcelona 2005.

corazón joven existe con mayor razón el gran anhelo de una casa propia, que sea sólida, a la que no solo se puede volver con alegría, sino también en la que se pueda acoger con alegría a todo huésped que llegue. Es la nostalgia de una casa en la que el pan de cada día sea el amor, el perdón, la necesidad de comprensión, en la que la verdad sea la fuente de la que brota la paz del corazón»<sup>26</sup>.

Como señala Chesterton «todo viaje no es más que un largo periplo que acaba en casa». No podemos olvidar que la civilización occidental sigue contando con el referente de la Odisea, en el que el héroe debe visitar mundos diversísimos para volver a su casa donde le espera su esposa Penélope<sup>27</sup>. Tan valioso es para el ser humano vivir creando vínculos de forma estable que A. Saint-Exupéry considera esencial el habitar y define al hombre como *un ser que habita*<sup>28</sup>, que es *acogido* desde antes de nacer en una trama de relaciones amorosas que lo amparan y lo preparan para tejer en su vida otras relaciones. El hombre no es arrojado a la existencia, sino colocado en una cuna al nacer. «La mano que mueve la cuna, mueve el mundo», dice el refrán español. El sentido más profundo de esta mano que mueve el mundo es que acompaña invisiblemente al hijo en su vida futura y coopera en su obra ocultamente<sup>29</sup>. Habitar significa para el hombre la forma suprema de amparo, porque supone una creación mutua y generosa de vínculos personales.

El amor conyugal exige un lugar propio, una morada, donde se puede permanecer, es decir, *edifica un lugar* donde vivirlo<sup>30</sup>. Este

<sup>26</sup> BENEDICTO XVI, *Viaje a Polonia, Cracovia-Blonia* (27-05-2006).

<sup>27</sup> Cf. J.J. PÉREZ-SOBA, “Il vangelo fatto vita, l’annunzio della famiglia”, en ID., (ed.), *La famiglia, luce di Dio in una società senza Dio. Famiglia e nuova evangelizzazione*, Cantagalli, Siena 2014, 125.

<sup>28</sup> A. DE SAINT-EXUPÉRY, *Ciudadela*, Círculo de lectores, Barcelona 1992, 28.

<sup>29</sup> Cf. G. VON LE FORT, *La mujer eterna*, Patmos, Madrid 1965, 141.

<sup>30</sup> Cf. J.J. PÉREZ-SOBA, *Amor, justicia y caridad*, EUNSA, Pamplona 2011, 124-125.

“lugar” es una necesidad para que se desarrolle adecuadamente el entramado de realidades humanas que configura internamente el “hogar” donde habitar y en el que pueden descansar nuestros afectos. En la familia se aprende el arte de *habitar*, entendido como la creación de ámbitos de intensa vida comunitaria, no el mero morar en un determinado espacio arquitectónico. Por su carácter activo, creador de vínculos, el auténtico habitar humano se configura de modo bien estructurado, ordenado, jerárquico, a fin de que todo en él tenga sentido.

Acoger a alguien en casa supone siempre ordenar la casa, hacerla acogedora, disponerla para que el que llegue se encuentre a gusto, como solemos decir «se encuentre como en su casa». El hombre construye casas donde habitar. Construir una casa implica la creación de un hogar, y un hogar es más que una casa, pues el hogar está dinamizado interiormente por los vínculos interpersonales. Un hogar es, por ello, un lugar lleno de recuerdos, de afectos, de objetos que son parte de la historia y la biografía de la familia: fotos, muebles, cuadros, cada rincón de la casa evoca la memoria viva y afectiva de sus miembros<sup>31</sup>. En su obra, *El matrimonio inquebrantable*, el escritor suizo Max Picard expone de forma penetrante el poder que muestra el amor conyugal de convertir los enseres de la casa en algo originario, irreductible, inédito: «el aire no es, como sucede fuera del matrimonio, un espacio vacío en que los aviones vuelan; el aire en la casa del matrimonio es un ser originario, un elemento amado que sin cesar está indicando en silencio que el otro está ahí»<sup>32</sup>.

---

<sup>31</sup> Cf. L. GIUSSANI, *El milagro de la hospitalidad*, Encuentro, Madrid 2006.

<sup>32</sup> Citado en: A. LÓPEZ QUINTÁS, «La casa y la ciudad», en J. DE DIOS LARRÚ RAMOS (ed.), *La grandeza del amor humano. Comentario al documento “La verdad del amor humano. Orientaciones sobre el amor conyugal, la ideología de género y la legislación familiar”*, BAC, Madrid 2013, 360-361.

En cuanto el amor es *personal*, tiende por naturaleza a crecer comunitariamente, creando vínculos y tramas de vínculos que dan lugar a realidades sociales. El que ama a otra persona en cuanto persona tiende a dar una proyección comunitaria a su amor. Esta proyección la realiza creando un hogar, no solo mediante el simple recurso de *habitar en* una morada, sino *habitándola*, en el sentido transitivo de crear en ella vínculos permanentes de auténtico amor. Esta forma transitiva de habitar es previa al hecho de *habitar en* un lugar. En este sentido, sostiene Martin Heidegger<sup>33</sup> que «primero es habitar, luego construir», pues se refiere al modo transitivo, creador, de habitar una casa<sup>34</sup>. Ahora descubrimos el profundo sentido de esta frase de Saint-Exupéry: «He descubierto una gran verdad, a saber: que los hombres habitan y que el sentido de las cosas cambia para ellos según el sentido de su casa»<sup>35</sup>.

Debido a este carácter dinámico y creativo del *habitar la casa*, el hogar es el centro del que arrancan los mil caminos que constituyen la trama dinámica de nuestra vida. La creación de relaciones de amistad y ámbitos acogedores suponen una prolongación del hogar. Un hogar no se reduce a una casa. Es, más bien, la plasmación concreta de la trama de vínculos creados por quienes han aprendido a amarse como personas. El hogar es un edificio dinamizado interiormente por la voluntad de crear interrelaciones cordiales con las personas amadas. Hogar y fuego tienen la misma raíz etimológica: *foculus*. El hogar, primitivamente, era la pieza de la casa en que la familia se reunía alrededor del fuego<sup>36</sup>. Por eso, el lugar perfecto para

---

<sup>33</sup> M. HEIDEGGER, («Bauen, Wohnen, Denken», en *Vorträge und Aufsätze*, Neske, Pfullingen, 1954). Trad. esp.: «Construir, habitar, pensar», en *Conferencias y artículos*, Odós, Barcelona 1994, 127-142.

<sup>34</sup> Cf. A. LÓPEZ QUINTÁS, «La casa y la ciudad», o.c., 349-350.

<sup>35</sup> A. DE SAINT-EXUPÉRY, *Ciudadela*, o.c., 25.

<sup>36</sup> Cf. T. MORALES, S.J., *Hora de los laicos*, BAC, Madrid 1985, 347.

acoger la vida naciente es el hogar, el *focus* de los latinos, lugar donde arde el fuego del amor<sup>37</sup>.

Como dice el cardenal R. Sarah, «nada sustituye a la familia, en la que podemos comprender la profundidad de la entrega y el amor. Yo he aprendido de mis padres a entregarme. Estábamos acostumbrados a recibir a los demás en nuestra casa, y eso ha dejado impresa en mí la importancia de la acogida y la gratuidad. Para mis padres y para todos los habitantes de mi poblado, el hecho de acoger a otros implicaba que procuráramos hacerles felices. La armonía familiar puede ser el reflejo de la armonía del cielo. Ese es el auténtico tesoro de África»<sup>38</sup>.

#### 4. LAS PRÁCTICAS DE LA HOSPITALIDAD

Recibir un huésped es, primeramente, recibir un don. Recibir a alguien en nuestra casa es siempre más que recibir algo. El don de la hospitalidad instituye y autoriza la tarea de ofrecer, de dar, de atender y de trabajar para los demás, para los invitados. En este salir de nosotros mismos, más que hacer un favor a los que acogemos, estamos recibiendo algo nuevo, pues todo huésped convierte a los anfitriones en huéspedes del Anfitrión. Recibir y ser recibidos, dar y compartir se entrelazan en la lógica de la hospitalidad. De este modo, la hospitalidad genera en nosotros nuevas virtudes, nos hace crecer, nos humaniza, impide que nos aburguesemos o acomodemos, nos enseña a compartir nuestra vida con los familiares y amigos.

La paradoja de la virtud de la hospitalidad es que recibir un huésped parece a primera vista una tarea, un trabajo, una carga, o un favor que

---

<sup>37</sup>A. LÓPEZ QUINTÁS, «La casa y la ciudad», o.c., 350.

<sup>38</sup>R. SARAH, *Dios o nada. Entrevista sobre la fe con Nicolás Diat*, Palabra, Madrid 2015, 199.

hacemos a la otra persona. La utilidad no puede ser nunca el criterio de la acogida. Este intercambio por el cual ofrecemos nuestro hogar al huésped y con él recibimos al Anfitrión mayor transforma nuestro modo de vivir las relaciones. Aprendiendo a compartir nuestro tiempo lo humanizamos y lo llenamos de la presencia de los demás. La hospitalidad concretamente desarrolla en nosotros la capacidad de sorpresa, despierta la cordialidad, invita a compartir la alegría en la mesa, favorece la escucha y la receptividad activa. Gracias a ella, el anfitrión amplía sus puntos de vista y se hace capaz de adaptarse a lo diferente.

¿Cómo vivir hoy la virtud de la hospitalidad en la familia? Y cuando hablamos de la hospitalidad familiar no podemos olvidar la hospitalidad primera, no solo con los extraños sino también con los de casa. En el mundo occidental se experimenta una profunda *crisis de generatividad*. La mirada sobre el hijo se ha vuelto desconfiada, pues acoger un hijo se percibe a veces como una amenaza al bienestar individual.

Como destacan algunos autores, nuestra cultura, que ha recibido el profundo influjo de la cultura judía de la relación y del cristianismo trinitario, el tema de la relación generativa no ha encontrado aún una adecuada profundización<sup>39</sup>. Conviene recordar que en la filosofía griega se alcanza con suma dificultad el pensamiento sobre la diferencia. El mito del andrógino como mito antirrelacional y antigenerativo es significativo. La identidad sin relación se verifica en las relaciones puras, marcadas por el individualismo y el narcisismo tardomodernos.

No se puede promover una cultura de la hospitalidad sin contar con la familia, en ella se inculcan los gestos y acciones de búsqueda del bien del otro, tanto del que lo ejerce como del que lo recibe. La hospitalidad se vive en distintas modalidades conforme a los grados de relación que tengamos. Con los desconocidos podemos vivir la hospita-

---

<sup>39</sup> Cf. J. DE DIOS LARRÚ, *El sello del corazón*, o.c., 250.

lidad con pequeños gestos concretos y cotidianos: ceder el puesto o el paso a otra persona, dirigirnos amablemente a quien nos atiende, etc. Con los conocidos, invitar a los amigos y familiares cercanos implica aprender a tejer esa urdimbre afectiva que nos sostiene y que va constituyendo un verdadero tejido social.

Invitar a un matrimonio amigo a nuestra casa, es una forma de hospitalidad, porque nos permite salir de nosotros mismos y abrirnos a otras formas de vivir la fatiga cotidiana. Compartir con ellos mesa y conversación nos enriquece mutuamente. La primera hospitalidad no es otra que la escucha de las personas que acogemos en nuestra casa. Ofrecer la hospitalidad de la palabra de la que habla el poeta de origen judío, E. Jabès<sup>40</sup>; y R. Flórez, en *El hombre, mansión y palabra*<sup>41</sup>, la palabra habitada de una presencia; como diría san Agustín, lo que cuenta es «amar la verdad en la palabra y no la palabra en sí misma»<sup>42</sup>. Las palabras cuando son auténticas actúan como *morada*, son la *casa del ser*, en expresión de Heidegger<sup>43</sup>. Otra forma de hospitalidad es invitar a los amigos de los hijos, enseñándoles cómo siendo ellos también hospitalarios crecen como personas y hacen crecer a sus amigos. Compartir incluso un fin de semana o el tiempo de vacaciones nos permite no solamente conocerlos mejor, sino también a sus amigos ayudándoles a cultivar sus amistades.

La vinculación de la hospitalidad a una determinada cultura nos muestra la necesidad de crear prácticas hospitalarias<sup>44</sup>, prácticas con-

---

<sup>40</sup> E. JABÈS, *El libro de la hospitalidad*, Trotta, Madrid 2014.

<sup>41</sup> R. FLÓREZ, *El hombre, mansión y palabra. Aspectos actuales del pensamiento místico occidental*, Fundación Universitaria Española, Madrid 2006.

<sup>42</sup> SAN AGUSTÍN, *De doctrina christiana*, XIV, 46. Citado en: R. FLÓREZ, *El hombre, mansión y palabra. Aspectos actuales del pensamiento místico occidental*, o.c., 168.

<sup>43</sup> Cf. A. LÓPEZ QUINTÁS, *La ética o es transfiguración o no es nada*, BAC, Madrid 2014, 198.

<sup>44</sup> Cf. J. DE DIOS LARRÚ, *El sello del corazón*, o.c., 253.

cretas, acciones comunes en las que se involucran todos los componentes de la familia, cada uno de un modo diferente y complementario a la vez. La clave no está en que a nosotros nos venga bien. Se trata de acoger a los otros a través de detalles concretos con los cuáles la persona que recibimos se sabe honrada y agasajada. Ofrecer una conversación interesante, la disposición del tiempo y del lugar, el alimento cuidado y bien servido, la despedida que se le ofrece, quizá algún detalle que pueda llevar consigo, son algunas sugerencias para ir creando un estilo acogedor. Todo ello con naturalidad y delicadeza de comunicar a los demás lo que a su vez hemos recibido.

Las prácticas de la hospitalidad suponen el descubrimiento de la comunicabilidad del bien, del reconocimiento de que lo que tenemos es para compartirlo con los demás. Saber ofrecer con sencillez, tener la iniciativa de la primera sugerencia, anticiparse y adaptarse al invitado pasa por poner a disposición de los otros lo que hemos recibido. Las celebraciones, las fiestas, los encuentros con los demás, con los amigos, la convivencia cotidiana va generando una tradición viva como cauce de la historia concreta de cada familia. La vida humana comienza siendo acogida, arropada en el calor del hogar para irse desplegando progresivamente. El apego en un clima acogedor convierte a la familia en un auténtico *útero espiritual*<sup>45</sup>.

## 5. LA MUJER Y LA HOSPITALIDAD

Podríamos hablar de una cierta hospitalidad maternal: la mujer acoge en su propio interior a otro ser, lo alimenta con su propia vida y lo protege hasta que madura lo suficiente para ponerse de parto. Y lo

---

<sup>45</sup> STO TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, II-II, q.10, a.12. Cf. J. DE DIOS LARRÚ, *El sello del corazón*, o.c., 255.

sigue cuidando después de forma distinta conforme va avanzando en su desarrollo. Claro que la maternidad va más allá de la hospitalidad, la mujer acoge en su seno no un huésped sino a su hijo, con el que establece una relación incondicional e irrevocable.

La mujer puede estar en sí misma mientras hace innumerables cosas, sobre todo las que afectan a la vida cotidiana, sin que ello perturbe su reposo interior. Esta es la razón de que «la mujer, cuando verdaderamente lo es, sea hospitalaria —el grado de hospitalidad es un buen instrumento para medir el grado de feminidad—. Antonio Machado usó este adjetivo aplicado a la mujer: “amé cuanto en ellas pueden tener de hospitalario”»<sup>46</sup>. Como señala Julián Marías, la mujer tiende a “acampar”, a quedarse. Por eso puede ofrecer esa hospitalidad de la que habla Antonio Machado.

Por eso la casa pertenece de una manera singular a la mujer, es la gran creación de la mujer, incluso la casa familiar, compartida con los demás: «donde no hay mujer, apenas hay casa, y esta tiene una artificialidad que se descubre fácilmente. Cuando la mujer falta, la casa sigue siendo suya, conserva su huella. Es el ámbito de la convivencia, en el cual se proyecta la imagen femenina»<sup>47</sup>.

En España, y en otros países, ha sido frecuente la casa inhóspita, que empujaba al hombre a la calle o a la taberna o al café. Se suele atribuir a la escasez de medios, a la falta de comodidades. Sin negar que pueda tener algo que ver, para Julián Marías, «la casa adusta es más bien reflejo de la mujer seca, áspera, que renuncia a funcionar como mujer. Por eso lo inhóspito puede coincidir con la abundancia de recursos, incluso con el lujo. A la inversa, hay una casa en la que apetece estar, que puede ser modestísima, pobre,

---

<sup>46</sup> J. MARÍAS, *La mujer y su sombra*, Alianza Editorial, Madrid 1987, 67-68.

<sup>47</sup> *Ibidem*, 172.

pero en la que se advierte una presencia femenina envolvente, acogedora»<sup>48</sup>.

Una casa es ciertamente un *dentro*, pero *abierto*: en ella se puede entrar, estar y permanecer, pero es esencial que se pueda *salir* de ella. La prisión es por definición lo inhóspito. La tendencia a escapar de la casa, entendida como supeditación, confinamiento o reclusión, hace que la mujer quede muchas veces “encerrada fuera”: «en esto consiste —a juicio de J. Marías— la crisis de la mujer contemporánea: haber perdido la casa, porque la vida no es fácil»<sup>49</sup>. Por tanto, el hombre —y la mujer— necesitan una casa, un hogar, pero no nacen para estar encerrados en una casa, ni siquiera se le puede definir por una especie de entorno vital que satisfaga sus necesidades básicas. Está abierto radicalmente a un mundo inteligible, que le abre a la pregunta por la verdad y el sentido último.

Lo importante es que la mujer cuando llega a la casa —del trabajo profesional o vocacional o de otras ocupaciones— se *instale* y empiece a irradiar sobre ella, a *hacerla vivir*. Todo el mundo ha tenido la experiencia de estar unos días en casa de personas amigas; y son enormes las diferencias que oscilan entre el tormento y la delicia, y dependen sobre todo de la cualidad de la mujer, de su manera de impregnar la casa y hacer de ella su obra personal. Esto quiere decir que tiene que hacerlo todo *desde* la vida privada, es la condición *sine qua non* de la eficacia y, además, de que la acción no se vuelva destructivamente contra la mujer.

La casa es el dominio de la mujer y es desastroso su abandono: «la esterilidad de muchas actuaciones de la mujer se debe a que ha renunciado a ese punto de partida, se ha despojado de él, y las ejecu-

---

<sup>48</sup>*Ibidem*, 173.

<sup>49</sup>*Ibidem*, 175.

ta “desde ninguna parte”; así quedan privadas de su valor y eficacia específicamente femeninos<sup>50</sup>. El dominio propio de la mujer es lo concreto, y por tanto el lugar en que se puede *estar*, por supuesto *con ella*. Porque sin la mujer el hombre no puede estar, sino pasar, nunca quedarse.

## 6. LA HOSPITALIDAD: DE LA CASA AL TEMPLO

El hogar se convierte en el centro irradiante de una dinámica vida social. Para facilitarlo, los arquitectos deberían configurar las viviendas como realidades abiertas al entorno vital de sus futuros habitantes. Pero, por bien construidas que estén una casa, una plaza, una ciudad solo son “habitables” si colaboran a incrementar los vínculos de quienes realizan en ellas su vida. La inexpresividad de los ámbitos arquitectónicos procede, a menudo, de la actitud retraída, individualista de sus moradores.

Una casa, por muy hermosa que sea, solo produce sensación de desamparo cuando falta una comunidad que la habite. De ahí la aversión de Saint Exupéry a los “sedentarios de corazón”, los que se encastillan en su hogar para ganar una falsa seguridad. Olvidan que la única forma de amparo que protege al ser humano es la salida hacia los demás, y que el hogar debe ser fundado cada día mediante la creación constante de relaciones vivas: «Yo no amo a los sedentarios de corazón —escribe—. Los que no intercambian nada no llegan a ser nada. Y la vida no habrá servido para madurarlos. Y el tiempo corre para ellos como un puñado de arena y los pierde»<sup>51</sup>. La vida hogareña, si es auténtica, constituye una escuela de vida social. Nos inspira acti-

---

<sup>50</sup>*Ibidem*, 178.

<sup>51</sup>A. DE SAINT-EXUPÉRY, *Ciudadela*, Círculo de lectores, Barcelona 1992, 38.

tudes de generosidad y confianza, fidelidad y cordialidad, comunicación veraz y participación.

El papa Francisco en el capítulo cuarto de la *Lumen fidei*, afirma que la fe no solo se presenta como un camino, sino también como una *edificación*, como la preparación de un lugar en el que el hombre puede convivir con los demás<sup>52</sup>. El primer ámbito que ilumina la fe en la ciudad humana es la familia. La luz de la fe ilumina la verdad del amor conyugal y acompaña en todas las etapas de la vida familiar. La casa es fuente de apertura a la ciudad y al templo, pues en ella se aprende la socialización primera y, de este modo, la familia se abre y alimenta la sociedad. A la vez en la casa se aprende a orar, se acompaña el despertar religioso de los hijos. Esta dinámica transformadora de la casa en un hogar es una tarea permanente para todos los miembros de la familia. El hogar no es nunca un refugio afectivo, un modo de huir y escapar de las dificultades y retos, sino que es el lugar de la confianza fundante, donde somos queridos por nosotros mismos, base de las relaciones que van enriqueciendo la vida de las personas.

San Pablo utiliza una imagen muy expresiva: «porque sabemos que si esta tienda, que es nuestra morada terrestre, se desmorona, tenemos un edificio que es de Dios: una morada eterna, no hecha por mano humana, que está en los cielos» (2 Co 5,1). Se sirve de la comparación entre edificar una tienda, algo que es temporal sin razón alguna de permanencia y que obedece exclusivamente a cubrir una necesidad, de la construcción de una auténtica “morada”, de un lugar lleno de vida que transmite razones de vivir, que rodea al hombre de un entorno de belleza y seguridad que permite que responda con todo su vigor.

Desde la perspectiva de la edificación, es esencial para cualquier sociedad, para que su cultura sea auténticamente humana, construir

---

<sup>52</sup> FRANCISCO, *Lumen fidei*, 50.

un *templo*. Así lo afirmaba Gaudí cuando quería explicar su pasión por la construcción de su obra maestra, la Sagrada Familia<sup>53</sup>. La referencia a Dios es originariamente un principio de libertad. Como avisaba Eliot: «Allí donde no hay templo, no habrá tampoco moradas, aunque podáis tener refugios o instituciones, precarios albergues donde se paga el alquiler»<sup>54</sup>. El hombre fuera de la presencia divina, no puede sino montar una pobre tienda siempre inestable y provisional, es Dios el que edifica en “el hombre interior” (Ef 3, 16) una morada distinta que tiene una vocación de permanencia y crecimiento hasta la eternidad<sup>55</sup>.

La Iglesia, como gran familia de los hijos de Dios, ofrece su hospitalidad a todos, y quiere suscitar en nosotros la hospitalidad hacia Cristo en los hermanos. El servicio a la hospitalidad cristiana inspira todo el magisterio del papa Francisco, y nace de una actitud del corazón que se traduce en una mirada pastoral y misionera a la luz de Jesucristo y de la hospitalidad que él en Dios ofrece y nos pide a cada uno de nosotros: «veo la Iglesia como un *hospital de campaña* después de una batalla»<sup>56</sup>. Una “Iglesia en salida misionera” como nos pide en *Evangelii gaudium*<sup>57</sup>. En *Amoris laetitia*, destaca la relevancia de la virtud de la hospitalidad, alentada por la palabra de Dios (Hb 13, 2), una virtud que expresa la apertura a la vida y a los demás<sup>58</sup> (AL 324). En definitiva, la *miserecordia* “es la viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia”, nos recuerda en la

<sup>53</sup> Citado por BENEDICTO XVI, *Homilía* en la consagración de la Iglesia de la Sagrada Familia (7-11-2010).

<sup>54</sup> T.S. ELIOT, *Choruses from “The Rock”*, III, en *Opere*, Bompiani, Milán 1971, 413.

<sup>55</sup> Cf. J.J. PÉREZ-SOBA, *Amor, justicia y caridad*, EUNSA, Pamplona 2011, 126.

<sup>56</sup> FRANCISCO, Entrevista del P. SPADARO, S.J., director de la revista *Civiltà Cattolica*, 164 (n. 3918, 18 septiembre 2013) 461-462.

<sup>57</sup> FRANCISCO, exh. ap. *Evangelii gaudium* (24-11-2013) n. 20.

<sup>58</sup> FRANCISCO, exh. ap. *Amoris laetitia* (19-3-2016).

bula *Misericordia vultus* con la que convocó el *Año de la misericordia*<sup>59</sup>.

## 7. BIBLIOGRAFÍA

- BENEDICTO XVI, *Homilía* en la consagración de la Iglesia de la Sagrada Familia (7-11-2010).
- \_\_\_\_\_, *Viaje a Polonia, Cracovia-Blonia* (27-05-2006).
- BENVENISTE, E., *Le vocabulaire des institutions indo-européennes. Économie, parenté, société*, vol. 1, Editions di Minuit, Paris 1969, 87-101.
- Catechismus Catholicae Ecclessiae* (15-VIII-1997).
- CHESTERTON, G. K., *Lo que está mal en el mundo*, Ciudadela, Madrid 2006.
- DERRIDA, J., A. DUFOURMANTELLE, *La hospitalidad*, Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 2001.
- ELIOT, T.S., *Choruses from "The Rock"*, III, en *Opere*, Bompiani, Milán 1971.
- FLÓREZ, R., *El hombre, mansión y palabra. Aspectos actuales del pensamiento místico occidental*, Fundación Universitaria Española, Madrid 2006.
- FRANCISCO, Carta enc. *Lumen fidei* (29-VI-2013).
- \_\_\_\_\_, exh. ap. *Evangelii gaudium* (24-11-2013).
- \_\_\_\_\_, Bula de convocación del Jubileo extraordinario de la Misericordia *Misericordiae vultus* (11-4-2015).
- \_\_\_\_\_, Entrevista P. SPADARO, S.J., director de la revista *Civiltà Cattolica*, 164 (n. 3918, 18 septiembre 2013) 461-462.
- FRANKL, V., *El hombre en busca del sentido último. El análisis y la conciencia espiritual del ser humano*, Paidós, Barcelona 2005.
- GRANADOS, C., J. GRANADOS, *El corazón urdimbre y trama*, Didaskalos, Burgos 2010.

---

<sup>59</sup> FRANCISCO, Bula de convocación del Jubileo extraordinario de la Misericordia *Misericordiae vultus* (11-4-2015) 10. Convocado del 8-12-2015 al 20-11-2016.

ACOGER AL OTRO: LA HOSPITALIDAD FAMILIAR

- GRANADOS, J. J. NORIEGA, *Betania: una casa para el amigo. Pilares de espiritualidad familiar*, Didaskalos, Burgos 2010.
- GIUSSANI, L., *El milagro de la hospitalidad*, Encuentro, Madrid 2006.
- HILDEBRAND, D. VON, *El corazón. Un análisis de la afectividad humana*, Palabra, Madrid 1996.
- INNERARITY, D., *Ética de la hospitalidad*, Península, Barcelona 2001.
- JABÈS, E., *El libro de la hospitalidad*, Trotta, Madrid 2014.
- LARRÚ RAMOS, J., *El sello del corazón. Ensayo de espiritualidad matrimonial y familiar*, Monte Carmelo-Didaskalos, Burgos 2014.
- LE FORT, G. VON, *La mujer eterna*, Patmos, Madrid 1965.
- LEVINAS, E., *Totalité et infini*, Nijhoff, La Haya, 1961.
- LÓPEZ QUINTÁS, L., «La casa y la ciudad», en J. DE DIOS LARRÚ RAMOS (ed.), *La grandeza del amor humano. Comentario al documento “La verdad del amor humano. Orientaciones sobre el amor conyugal, la ideología de género y la legislación familiar”*, BAC, Madrid 2013, 347-371.
- \_\_\_\_\_, *La ética o es transfiguración o no es nada*, BAC, Madrid 2014.
- MARÍAS, J., *La mujer y su sombra*, Alianza Editorial, Madrid 1987.
- MORALES, T., S.J., *Hora de los laicos*, BAC, Madrid 1985.
- HEIDEGGER, M., («Bauen, Wohnen, Denken», en *Vorträge und Aufsätze*, Neske, Pfullingen, 1954). Trad. esp.: «Construir, habitar, pensar», en *Conferencias y artículos*, Odós, Barcelona 1994, 127-142.
- PÉREZ SOBA, J.J., *Amor, justicia y caridad*, EUNSA, Pamplona 2011.
- POZO, G. DEL, «Una tienda del encuentro en la Universidad civil al servicio de la hospitalidad de Dios», EN ID., SERRADA (eds.), *Fe cristiana y ateísmo en el siglo XXI*, Ediciones san Dámaso, Madrid 2015, 17-47.
- RATZINGER, J., *El cristiano en la crisis de Europa*, Cristiandad, Madrid 2005.
- RICOEUR, P., *Finitude et culpabilité*, Aubier, Paris, 1960.
- SAINT-EXUPÉRY, A. DE, *Ciudadela*, Círculo de lectores, Barcelona 1992.
- SARAH, R., *Dios o nada. Entrevista sobre la fe con Nicolás Diat*, Palabra, Madrid 2015.
- SCHERER, R., *Zeus hosapitalier, éloge de l'hospitalité: essay philosophique*, Armand Colin, Paris, 1993.

MARÍA TERESA CID VÁZQUEZ

- SERRANO, G., «El arte de ser anfitrión. Ateísmo y cultura contemporánea», en POZO, G. DEL, I. SERRADA (eds.), *Fe cristiana y ateísmo en el siglo XXI*, Ediciones san Dámaso, Madrid 2015, 85-99.
- TORRALBA, F., *Sobre la hospitalidad. Extraños y vulnerables como tú*, PPC, Madrid 2005.
- URABAYEN, J., «El humanismo trágico de G. Marcel: el ser humano en un mundo roto», *Estudios de filosofía* [online]. 2010, n.41, 35-59.